

ENTREVISTA

Reyna Pastor

Introducción y entrevista a cargo de Ana Rodríguez

Instituto de Historia CCHS-CSIC

Introducción

Reyna Pastor nació en Buenos Aires (Argentina) en octubre de 1925, descendiente de gallegos y asturianos. Estudió Filosofía y Letras, y se especializó en historia de España, en particular en su etapa medieval, en el momento en que Claudio Sánchez Albornoz, presidente de la República española en el exilio, y medievalista reputado fundador del centro de Estudios Históricos de Madrid, impartía docencia en la universidad bonaerense. Su dedicación a la historia medieval tomó pronto un camino propio, centrado desde entonces en la historia social y económica de la España medieval desde una aproximación materialista y atenta a la imbricación entre el Cristianismo y el Islam, a las resistencias y luchas del campesinado al poder feudal en la época del crecimiento que se produjo en los siglos centrales de la Edad Media, a las formas de propiedad señorial —laica y eclesiástica—, a la organización de las comunidades aldeanas y, desde la década de 1980, tras fundar con otras historiadoras la Asociación Española de Investigaciones de la Historia de las Mujeres (AEIHM), a la construcción de una metodología de análisis colectivo e individual de la historia de las mujeres medievales. Reyna Pastor fue profesora en las universidades argentinas de Buenos Aires y Rosario, antes de tener que emprender el camino del exilio a causa de las amenazas de la dictadura militar argentina. A partir de entonces ha vivido en Madrid. En 1976 retomó su carrera docente en España, en la Facultad de Economía de la Universidad Complutense de Madrid. En 1987 se incorporó al Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), hasta su jubilación en 1997. De entre sus numerosas publicaciones de investigación españolas e internacionales, destacan: *Problèmes d'assimilation d'une Minorité: Les mozárabes de Tolède (de 1085 à la fin du XIIIe siècle)*, en la revista *Annales (E.S.C.)* (1970); *Conflictos sociales y estancamiento económico en la España medieval* (1973); *Del Islam al Cristianismo. En las fronte-*



ras de dos formaciones económico-sociales (1975); Resistencias y luchas campesinas en la época del crecimiento y consolidación de la formación feudal. Castilla y León, siglos X-XIII (1980), la dirección del volumen relativo a España de la Historia de las Mujeres en Occidente, dirigida por Georges Duby (1991); y, como coautora, Transacciones sin mercado. Instituciones, propiedad y redes sociales en la Galicia Monástica, 1200-1300 (1999), traducido al inglés en 2001.

Entrevista

[A. Rodríguez] *Nos encontramos Reyna y yo, en presencia de su hija Mariana en dos ocasiones y de su hijo Juan Pablo en una, en su casa de Madrid, entre los meses de marzo y abril de 2018. De largas conversaciones interrumpidas por recuerdos, precisiones, silencios para ordenar y enunciar mejor algunos pensamientos, surge un relato coherente y explicativo de una vida llena de cambios y de nuevos comienzos. El texto escrito de esta entrevista es el resultado de lo dicho en esos encuentros.*

Descendiente de españoles, argentina de nacimiento, exiliada en España y establecida en Madrid desde hace más de cuarenta años...

[R. Pastor] Nací en Buenos Aires, Argentina, en octubre de 1925, así que tengo ahora 92 años, vivo en Madrid desde 1976, donde llegué con mis dos hijos y donde ellos también se establecieron. Mi padre era un médico descendiente de asturianos, de allí heredé el nombre de Reyna. Mi madre era hija de gallegos. Entré en la Universidad de Buenos Aires en la especialidad de Filosofía y Letras.

¿Cuáles son los acontecimientos que han marcado tu vida? ¿Cuáles son tus recuerdos de tu vida en Argentina antes del exilio?

En el libro homenaje que editaste en mi honor (Ana Rodríguez (ed.), *El lugar del campesino. En torno a la obra de Reyna Pastor*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2007), titulas la presentación “Rey-

na Pastor: entre lo estudiado y lo vivido”. Yo cambiaría el orden, y diría, sobre todo refiriéndome a mi vida en la Argentina: entre lo vivido y lo estudiado. Las cosas que han marcado mi vida fueron fruto del azar y de elecciones personales que culminaron, a mediados de 1976, con el exilio, cuando tenía 50 años. Hay un antes y un después de esa fecha. Lógicamente, tengo una visión en parte deformada, ahora vista cuarenta años después, de mi vida en Argentina. La considero como un largo período de formación personal y de búsqueda de mí misma, de crecimiento, como mujer independiente a partir de una primera juventud, imprecisa, llena de tanteos, de aciertos y desaciertos, de oscilaciones entre una educación en parte tradicional y la apertura hacia inquietudes intelectuales, políticas, militantes, que se presentaba como vertiginosa, terriblemente cambiante. Todos los pasos dados hasta que cumplí 30 años fueron de ensayo y de búsqueda, de caminos variados, seductores, difíciles y alternativos. Porque la vida, y la intelectual en especial, sufrió profundas alternativas, ya se tratara de la Argentina de Perón y del peronismo, desde 1943 hasta 1955, y la que siguió a partir de entonces hasta el golpe militar del general de turno, Onganía en esta ocasión, que echó por tierra la mayor parte de los construidos en los once años anteriores de actividad y apertura.

En el convulso mundo político argentino y en una época de despertar y de revueltas en

todo el mundo, ¿cómo se desarrolla tu proceso de concienciación política?

Ya antes de 1955 me había ido inclinando por las ideas de izquierda y por la lucha estudiantil en contra de las ideas fascistas que predominaban entre los profesores y estudiantes con poder en la Universidad. Esta lucha se recrudeció especialmente entre 1952 y 1955, año de la llamada Revolución Libertadora y de la caída de Perón, que trajo unas elecciones democráticas, aunque los sucesivos gobiernos presidenciales quedaron sometidos siempre a las presiones militares. La vida en la universidad argentina estuvo siempre muy politizada, sobre todo en Buenos Aires.

Elegiste una época, la medieval, y un ámbito, la historia de España que quizás no eran muy habituales en tu entorno. ¿Cuáles fueron las razones que te llevaron a elegir caminos tan poco frecuentados en el mundo universitario argentino?

Antes de finalizar mi carrera me había incorporado a los seminarios semanales que ofrecía Claudio Sánchez Albornoz sobre aspectos parciales de la historia medieval de España. Mi elección se debió a que había sido el mejor profesor que había tenido en la Universidad y a que, en una Facultad desolada y tomada entonces por la derecha, Sánchez Albornoz aparecía como un exiliado de ideas progresistas, una de las cabezas del exilio republicano español en América y, a la par, un sabio erudito y dispuesto a enseñar con rigor. Éramos poco alumnos, varios hicimos nuestra carrera académica fuera del Instituto de Historia de España y nos apartamos de sus teorías, pero a todos nos quedó una enseñanza muy importante, la del rigor en la investigación y la certeza de que, para ser historiador, había que ser paciente, dedicado y riguroso. Don Claudio



Con el historiador Claudio Sánchez-Albornoz en los Lagos del Sur (Argentina) en la década de 1960 (Foto facilitada por la familia).

nos hacía leer documentos de los siglos XII y XIII. Años después, en el Archivo Histórico Nacional de Madrid pude ver por primera vez los originales de esa documentación. Cuando un bedel me trajo una carpeta que contenía unos veinte pergaminos y lo primero que vi al abrirla fue el sello de Alfonso VIII, se produjo uno de esos momentos especiales de acercamiento a la investigación y de experiencia vital conjuntamente.

Antes de mi decisión de convertirme en medievalista y de estudiar la Historia de España, tuve varios intentos frustrados de dedicarme a la Historia Argentina y sobre todo a la Antropología. En ambos casos me rechazaron por ser mujer. El director del Museo de Antropología y Arqueología, un exiliado fascista, me dijo que una mujer nunca iría a una misión mientras él las dirigiera, y las dirigía todas. Ya para entonces yo tenía fama de izquierdista, tampoco ayu-

dó a abrirmé puertas. Estas circunstancias personales no solo me hicieron medievalista, sino que me fueron abriendo los ojos sobre la condición de las mujeres en el medio profesional universitario. Entretanto, buscaba otros caminos, frecuentemente asistía a curso que dictaba en instituciones privadas otro medievalista, José Luis Romero, sobre Historia Social y de las Ideas en la Edad Media. Estas clases fueron fundamentales para mí: por primera vez se me presentaba lo que se iba definiendo como Historia Social. Eso era lo que yo quería. Romero y Sánchez Albornoz fueron mis maestros (los hombres no suelen hablar de sus maestros). Ideológicamente seguí a Romero y desde 1958 fui su colaboradora principal, en la etapa del gran desarrollo intelectual en las principales universidades. Esos fueron mis comienzos, vacilantes, pero vistos con la perspectiva de los años, ya estaban encaminados a hacer de mí una intelectual de izquierdas militante, abierta, curiosa, y también muy estudiosa.

Madrid y París, Kula, la historiografía francesa: ¿Cuáles fueron tus primeras experiencias en Europa y cómo influyeron en tu pensamiento y en tu investigación?

En 1962 viajé a España y a Francia. En Madrid conocí el Archivo Histórico Nacional y un mundo muy gris. Recuerdo que en esa primera visita yo tenía un abrigo que me había hecho una amiga modista y que llamaba mucho la atención porque era peludo y de un color rojo llama. Me pararon varias mujeres en la Gran Vía, preguntándome quiera era yo, porque les parecía que debía ser una actriz famosa, con un abrigo así. Yo decía, orgullosa, que me lo había hecho una amiga en Buenos Aires, Argentina. De Madrid me fui a París, para conocer l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, donde enseñaba Ruggero Romano, a quien había

conocido en Buenos Aires. En ese primer viaje a París conocí a Witold Kula, me encantó su personalidad y la manera totalmente nueva de abordar el estudio de los precios en la Edad Media. Muy cálido en su trato, odiado por Braudel porque estaba fuera de su círculo, incorporó el concepto fundamental del tiempo en el sistema feudal. Le seguí en su seminario y nos hicimos amigos, yo le pedí su libro que estaba en francés, *Teoría económica del sistema feudal*, que luego tradujimos al español.

¿Cómo llegaste entonces al marxismo y cómo se fueron configurando tus planteamientos metodológicos en aquellos años?

En Buenos Aires yo iba al seminario de León Rozitchner, que era un egresado de la Facultad, pero que había hecho cursos en París con Merleau-Ponty y Lévi-Strauss. Era una cabeza muy interesante, y fui años a su seminario, centrado en la lectura de *El Capital* de Marx. Todo ello me abrió la cabeza, estuve años yendo a su seminario, que era después de comer, y todos los que me conocen saben lo mal que me viene a mí esa hora. Ya murió, hace unos años. El Capital me hizo ver que todo empieza con la economía, que la explotación empieza por la economía, el dominio político sigue con la economía. También era esa la época de Simone de Bouvoir, de Sartre. Mi hijo se llama Juan Pablo por él; yo decía, si tengo un hijo le voy a llamar Jean-Paul. Había grupos que leían El Capital y estudiaban marxismo, pero no en la Facultad, en los seminarios que se daban al margen de la Universidad.

Metodológicamente me apoyé fundamentalmente en el materialismo histórico, incorporando los avances de la historiografía francesa que conocía en Historia Rural y Urbana, de las Mentalidades, en Historia social, Demografía Histórica, estructuras familiares, etc. En alguno de

estos campos apliqué, con el sumo cuidado que exige trabajar en la Plena y Baja Edad Media, algunas técnicas cuantitativas, por entonces de gran desarrollo en la Historiografía francesa. También apareció entonces un problema que me preocupó durante muchos años, tanto a nivel teórico como metodológico, el de la frontera entre las formaciones económico sociales. Junto a él se enunciaba otro igualmente importante, el de las definiciones y conceptualización del feudalismo.

Abandonaste la universidad tras el golpe de Onganía ¿Qué actividad desarrollaste entonces?

Entre 1962 y 1966, repartí mi tiempo viajando todas las semanas a Rosario. Aunque estaba allí solo dos días por semana, inicié una amplia labor de seminarios, conferencias, preparación de ayudantes. Esos ayudantes llegaron a ser, con el tiempo, muy buenos profesores, de los que me orgullezcó. Yo era también secretaria de la Facultad, la primera secretaria mujer que hubo en la Universidad de Buenos Aires.

Toda esa labor fue cortada brutalmente por el golpe de estado del general Onganía, que tomó el poder y que en la noche llamada de “los bastones largos” hizo apalear por la policía a profesores y estudiantes de varias facultades de Buenos Aires. El golpe de Onganía nos puso a todos en una situación peligrosa, todos éramos de izquierdas y se sabía, la policía lo sabía. Vinieron a continuación las renuncias masivas de todos los profesores de izquierdas y de los demócratas en general. Aquí se generó el primer exilio de varios de ellos. Era peligroso, mi marido Jorge Togneri era entonces dirigente estudiantil en Matemáticas. Entonces Jorge, sin decirme nada, compró pasajes para Europa. Fue entonces, en abril de 1967, cuando volvimos. Conocí entonces en

Francia a los grandes medievalistas, a Georges Duby, a Jacques Le Goff. Yo estuve en el 68 en París, aunque no participé en las revueltas. Mis hijos vinieron con nosotros en ese viaje a Europa, eran pequeños entonces.

Quedamos sin trabajo, sin concursos y con las aulas clausuradas, hasta 1970-71, cuando otro general de turno, nuevo presidente, más abierto en varios sentidos, impulsó lentamente el retorno a las universidades. En los años intermedios, cada uno trabajó como pudo y donde pudo. Yo lo hice como profesora de historia en un colegio de secundaria en Buenos Aires. En 1971, aprovechando la tímida apertura, me reincorporé a la Facultad de Rosario primero y a la de Buenos Aires después. En Rosario conocí a algunos de mis alumnos más queridos: Marta Bonaudo, Susana Belmartino y Arturo Firpo. Estuve en Rosario hasta el 74. Los últimos años en Argentina antes del exilio los viví muy ocupada. Mis hijos eran pequeños. Pero las amenazas de muerte, las detenciones, las muertes y las desapariciones de alumnos y profesores que culminaron con la clausura de las universidades, hicieron imposible llevar una vida normal. Sufrimos amenazas directas, eso te mina. Muchos alumnos míos desaparecieron, era el gobierno de Isabel Perón con Cámpora. Iba un día con mis hijos y en la calle delante de mi casa veo un auto con cuatro paramilitares, el clima era muy opresivo, teníamos que mirar bien a dónde íbamos. Las amenazas reales y directas, el clima de enorme intransigencia y miedo y la situación general motivaron el exilio a Madrid.

¿Cómo se desarrolló tu exilio en España? Háblanos de tus nuevas preocupaciones investigadoras.

Antes del 75 yo había vuelto a Madrid, di una conferencia en la Casa de Velázquez sobre el origen de los movimientos sociales

en España. Estuve entonces con Gonzalo Anes, a quien ya conocía y con Abilio Barbero, a quien conocí entonces, ambos muy importantes para luego poder instalarme en España. Pude trabajar ya en el curso 1976-77 en la Facultad de Económicas de la Complutense, en la cátedra de Historia Económica Mundial y de España de la que era catedrático Gonzalo Anes. Él me brindó esa oportunidad por la que le he estado siempre agradecida. En esos comienzos era la única mujer en un grupo de unos veinte docentes. Tuve también que buscar otros trabajos en editoriales, informes, correcciones de pruebas, todo. Colaboré especialmente con Siglo XXI de España, cuyos directores Faustino Lastra y Javier Pradera se preocuparon mucho por los exiliados que habíamos pertenecido a Siglo XXI Argentina y por otros muchos más.

Pronto surgió la necesidad de hacer otra tesis doctoral pues por entonces no se validaban las tesis hechas en el extranjero. Tras largos años de mucho trabajo y sacrificio pude presentarla, y fue casi inmediatamente publicada por Siglo XXI como *Resistencias y luchas campesinas*. Hace 35 años estos temas de los campesinos, sus estructuras familiares, sus alianzas internas, sus comunidades, sus capacidades para utilizar recursos propios, sus resistencias y sus luchas, así como los problemas teóricos que planteaba su conciencia de clase, eran casi totalmente desconocidos por la historiografía al uso. Sólo Abilio Barbero, Marcelo Vigil y yo los comenzamos a investigar con distintas cronologías. Por mi parte, lo hice a partir de mi formación teórica, la influencia de Rodney Hilton y sus trabajos para Inglaterra medieval, de otros historiadores británicos y de Marc Bloch y de Georges Duby especialmente entre los franceses.

Poco después de obtener el doctorado en España, pude optar a un concurso, que entonces tenían carácter nacional. Saqué la

plaza de Madrid y, más tranquila, pude seguir mi investigación y mis tareas docentes, que eran muchas.

A principios de 1987 comenzó una nueva etapa, en el CSIC y dedicada íntegramente a la investigación. Hasta que llegué al CSIC y formamos el grupo de investigación, con becarios y colaboradores como vosotros —Ana Rodríguez, Esther Pascua y Pablo Sánchez Léon—, yo no había encontrado en España alumnos progresistas que me entusiasmaran con su pensamiento y su seguimiento, que me aceptaran plenamente. Entre el alumnado español y el argentino preferí siempre el argentino. No había dinero, nos perseguía la policía, pero no había obstáculos insalvables. Los alumnos argentinos se acercaban al profesor, Romero los tenía a puñados, don Claudio no, porque no aceptaba hablar con los alumnos que no fueran al seminario.

Y, por último, ¿cómo llegaste a las nuevas visiones y preocupaciones de la Historia de las Mujeres? Es esta una de las facetas que más desarrollaste en los últimos años que te dedicaste a la investigación.

Llego por varios canales: por una parte, Duby me pide hacer la parte española de la gran obra en la que estaba entonces embarcado, los tres volúmenes de la *Historia de las Mujeres en Occidente*, que aquí publicó Taurus en 1991. Por otra, porque ya para entonces participaba en las incipientes y entusiastas reuniones con historiadoras de distintas universidades, Mary Nash, Cándida Martínez, Susana Tavera, Gloria Nielfa, que culminaron en la fundación de la revista *Arenal*, que publica la Universidad de Granada. Ha sido una fuente de satisfacción, de entusiasmo, de nuevas perspectivas, de conjugar muy diversas preguntas en un sujeto histórico olvidado hasta entonces y una capacidad explicativa inmensa.